

*En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo" y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».*

Algunos piensan que Jesús ha venido a facilitarnos la vida, porque nos habla de un camino nuevo: más amor, más perdón, más misericordia. En un primer momento, nos parece atrayente, nos entusiasma porque es lo que deseamos con todo el corazón. Pero enseguida topamos con el drama de nuestra condición débil, limitada, cobarde, pecadora... y nos hace conscientes no solamente de nuestra pequeñez, sino que para nosotros es imposible. Cuando el corazón experimenta de verdad nuestra realidad miserable que nos humilla, que nos desnuda, que nos duele en el alma, que nos hace llorar hasta vaciarnos de nosotros mismos, es cuando Jesús nos puede llenar de su fuerza y de su gracia. Es cuando Dios puede hacer en nosotros su obra: ser capaces de perdonar y amar sin medida.

Pidamos a la Virgen que, como ella, nos abandonemos de verdad en las manos del Padre, que nos dejemos modelar de una vez por el Espíritu Santo, en lugar de querer hacerlo siempre todo nosotros a nuestra manera y con solo nuestras fuerzas.